

y en su carrera páranse y vacilan
arrastrando cadenas que resuenan
turbando aquella paz triste y sombría.
*Ocultad vuestros rojos delantales
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

La lámpara se acerca, sube, baja,
ahora corre, ahora brilla, ahora se eclipsa,
ahora se ve pasar bajo los arcos,
ahora se detiene en la capilla,
después luce en el viejo campanario,
cruza del coro la alta celosía
y sus rayos describen en la sombra
espectros que el espanto multiplica.
*Ocultad vuestros rojos delantales
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Los fantasmas que quema un fuego santo
se buscan para unirse todavía,
arrastran su sudario hecho girones,
tropiezan con las tumbas ya vacías
y sus pasos se estorban y confunden
al subir escaleras retorcidas.
*Ocultad vuestros rojos delantales
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Pero son escaleras embrujadas
que bajo sus pisadas se desvían;
uno se halla en lo alto de una torre
cuando el otro le busca por la cripta;
bajo sus pies eternamente cambian
los pisos y las celdas maldecidas.
*Ocultad vuestros rojos delantales
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

La lluvia entonces con espesas gotas

chocando en las vidrieras las agita;
las campanas exhalan un lamento
y en la nave desierta el viento silba,
escúchanse suspiros que espeluznan
y óyense á veces estridentes risas.
*Ocultad vuestros rojos delantales
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Una voz débil, otra fuerte, dicen:
«¿Cuándo acabará el curso de los días?
¡Ah! ¡Nosotros sufrimos nuestra culpa!
¿La eternidad no acaba todavía?
¿No se cansa su mano de dar vueltas
á este reloj de arena de la vida?»
*Ocultad vuestros rojos delantales
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

¡Ay! No puede apagarse, no, el infierno;
y cada noche en su mansión sombría,
subiendo y descendiendo entre las sombras,
se buscan sin descanso, sin fatiga,
la sombra blanca y el espectro negro,
hasta la hora plácida y tranquila
en que en sus plateados candelabros
los cirios apagándose vacilan.
*Ocultad vuestros rojos delantales
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Si temblando un nocturno viajero
al contemplar aquella luz que brilla
y al escuchar gemidos tan extraños
persignándose párase y vacila
y pregunta á los ángeles del cielo
contra quién el Señor así se irrita,
dos serpientes de fuego que se enlazan
trazan dos nombres junto á la capilla.

*Ocultad vuestros rojos delantales
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

San Ildefonso abad quiso, muchachas,
que esta historia tan fiel de la novicia
en todos los conventos regulares
se relatara tal como está escrita
por todas las prioras, á las vírgenes
que para huir del vicio allí se asilan.
*Ocultad vuestros rojos delantales
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Abril, 1828.

BALADA DÉCIMACUARTA

A M. CHARLES N.

LA RONDA DEL SÁBADO

*Hic chorus ingens
... Colit orgia.*

AVIENO.

¡Ved delante los muros vacilantes
de este negro y sombrío monasterio
cuál se vela la luna misteriosa!
Pasa fugaz el duende de la noche,
y esparciendo el espanto por dóquiera,

en el badajo de la gran campana
su cuerpo balancea doce veces.
El aire se conmueve á su ruido,
rueda y resuena aún por largo tiempo
como encerrado dentro del gran bronce...
Vuelve en la sombra á dominar la calma.
¡Escuchad!... ¿Dónde nace ese murmullo?...
¿Quién despide esas rojas claridades?...
Dios, las naves, las torres y las puertas
brillan como entre velos que llamean
y bullendo en la pica de granito
echa el agua bendita mil burbujas.
Encomendemos nuestras pobres almas
á nuestros celestiales protectores.
Entre los rayos rojos y azulados
con gritos, con suspiros y con cantos,
he aquí por todas partes aguas, montes,
los vampiros, los gnomos y las larvas,
monstruos cuyo fantasma sólo sueña
el infierno; escapada del sepulcro
la hechicera volando siempre en torno
del abedul donde suspira el aire,
los viejos nigrománticos cubiertos
de sus místicas tiaras relucientes,
donde brillan palabras cabalísticas
en las profundas sombras llameando,
los demonios callados y rastrosos
y los duendes astutos y atrevidos,
todos, por los tejados, por los pórticos,
por las viejas vidrieras sin cristales,
penetran en el claustro de la iglesia
donde en loco tropel se arremolinan.
En pie en medio de ellos se levanta
Lucifer, su monarca idolatrado,
bajo mitra de enmohecido hierro
su cabeza de buey sombría oculta;

cae sobre sus alas la casulla
 y en el altar su pie profano pone.
 ¡Oh terror! Escuchad sus viles cantos
 en el lugar do eternamente vela
 el ojo del Señor omnipotente.
 Las manos con las manos se entrelazan
 y de pronto la ronda pavorosa,
 como huracán violento y formidable,
 comienza á voltear su inmensa rueda.
 Al ojo que no abarca su contorno
 cada invitado impúdico aparece;
 se creería ver como el infierno
 voltea en las tinieblas de la noche
 su espantoso y ludibrico zodíaco
 lleno de signos tétricos y fúnebres.
 Todos vuelan en alas de aquel círculo;
 Satán la danza con el pie regula
 y señala el compás de sus cantares;
 y estremeciendo sus inquietos pasos
 los colosales arcos de granito
 despiertan á los muertos que descansan
 bajo los enlosados pavimentos.

«¡Mezclémonos y cantemos!
 Mientras que la alegre rueda
 en torno suyo se mueve,
 Satán, gozoso, desprecia
 la cruz y el altar que pisa
 marcando su eterna huella.
 ¡Mezclémonos y cantemos!
 ¡La hora solemne se acerca!
 La eterna y ardiente llama
 que corona su cabeza
 la púrpura de los reyes
 sobre su ala asemeja.»

Y estremeciendo sus inquietos pasos
 los colosales arcos de granito
 despiertan á los muertos que descansan
 bajo los enlosados pavimentos.

«¡Oh, sí! ¡Nosotros vencemos!
 ¡Venid, hermanos y hermanas,
 de cien parajes diversos
 de los sitios funerarios,
 de los antros más profundos,
 de los más negros barrancos!
 El infierno os da su escolta;
 ¡venid en cortejo ufano
 en los carros que dirigen
 los grifos grandes y alados!»

Y estremeciendo sus inquietos pasos
 los colosales arcos de granito
 despiertan á los muertos que descansan
 bajo los enlosados pavimentos.

«¡Venid sin remordimientos,
 enanos de pies de cabra,
 tragantones cuyos labios
 jamás saciados se apartan
 de la sangre de los muertos
 que por sus heridas mana!
 ¡Negras furias del infierno,
 la fiesta está comenzada!
 ¡Apresurad vuestras yeguas
 que relinchan desbocadas!»

Y estremeciendo sus inquietos pasos
 los colosales arcos de granito
 despiertan á los muertos que descansan
 bajo los enlosados pavimentos.

«Judíos por Dios heridos,
 trasgos, zingaros, bohemios
 cargados de imprecaciones,
 descoloridos espectros...
 Escapaos por la noche,
 deslizaos con el viento,
 subid sobre el negro friso
 del muro que está cayendo,
 volad ó trepad valientes
 y acudid á este concierto.»

Y estremeciendo sus inquietos pasos
 los colosales arcos de granito
 despiertan á los muertos que descansan
 bajo los enlosados pavimentos.

«¡Oh, venid, machos cabríos,
 gnomos de cuerpos enanos,
 como nubes de granizo
 que fecundan nuestros campos!
 ¡Venid, no más discordancias,
 enlazad aquí las manos,
 venid en dulce cadencia,
 venid en ritmo sagrado
 á ensanchar la danza inmensa
 y á repetir nuestros cantos!»

Y estremeciendo sus inquietos pasos
 los colosales arcos de granito
 despiertan á los muertos que descansan
 bajo los enlosados pavimentos.

«Que en este hermoso momento
 los clérigos de la fiesta
 en la hoguera de la orgía
 quemén sus barbas sangrientas

que chorrean todavía
 y que todavía humean,
 que cada negro invitado
 eche al fuego alguna presa
 y muela bajo sus dientes
 una pálida osamenta.»

Y estremeciendo sus inquietos pasos
 los colosales arcos de granito
 despiertan á los muertos que descansan
 bajo los enlosados pavimentos.

«Riendo en el santo claustro
 con una voz atrevida,
 Satán alguna salmodia,
 según san Juan, parodia,
 entre sacrílegos gestos
 y desenfrenadas risas,
 y un demonio deletrea
 en pie en la santa capilla
 donde Lucifer le llama
 del Señor la ley escrita.»

Y estremeciendo sus inquietos pasos
 los colosales arcos de granito
 despiertan á los muertos que descansan
 bajo los enlosados pavimentos.

«Salido de los sepulcros,
 que del coro en cada asiento
 cada monje enseñe el hábito
 en que se abrañan sus huesos
 y que acerque presuroso
 un levita feo y negro
 á los sagrados blandones
 de la impura llama el fuego.»

Y estremeciendo sus inquietos pasos
los colosales arcos de granito
despiertan á los muertos que descansan
bajo los enlosados pavimentos.

«Lucifer mismo os contempla
con las manos enlazadas.
Aprended nuestros conjuros,
repetidlos en voz alta,
y en la ceniza, hechiceras,
escribid: ¡ABRACADABRA!
Volad, aves de rapiña
de alas mugrientas y calvas,
sobre los lechos revueltos
suspendiendo el triste Smarra.»

Y estremeciendo sus inquietos pasos
los colosales arcos de granito
despiertan á los muertos que descansan
bajo los enlosados pavimentos.

«¡Oid, oid la señal!
¡El infierno nos reclama!
¡Puedan no tener más luz
un día todas las almas
que el tenebroso fanal
que en ellas mismas se inflama!
¡Pueda nuestra ronda vil
en las sombras más veladas,
en su círculo infernal
tener la tierra cercada!»

Descolorida el alba ha blanqueado
los colosales arcos de granito.
Huye el revuelto y pavoroso enjambre
de demonios y furias esparciéndose...

... Y los muertos, durmiéndose de nuevo
bajo los pavimentos enlosados,
reclinan su cabeza dura y fría
sobre sus polvorientas almohadas.

Octubre, 1825.

BALADA DÉCIMAQUINTA

EL HADA Y LA PERI

Su sombra, entre el follaje vagabunda,
verás estremecerse; entre los vientos
ó sobre alguna nube
las verás descender, ó, levantándose
desde el seno del mar y como un sueño,
las verás chispeando por el aire;
y su voz, siempre tierna y dulcemente
quejumbrosa, al huir, como acaricia
tus atentos oídos.

ANDRÉS CHÉNIER.

I

En caso de moriros, hijos míos,
cuidad de que un espíritu
vuestra alma no desvíe
del camino del cielo.
Ved lo que me enseñara un sabio anciano:
—Hay algunos demonios
librados de las llamas eternas,

mucho menos perversos que los otros,
 que proscribió el Arcángel á la tierra,
 donde el fuego, la onda
 ó el aire los reclaman.
 Esperan desterrados
 el día del juicio.
 Lanzados hay algunos
 de las santas falanges celestiales
 que por su voz tan dulce
 se los toma por ángeles. ¡Temedlos!
 Desterrados del cielo por mil años
 habrían de arrastraros, hijos míos,
 consigo al purgatorio.
 No preguntéis de donde
 he sacado esta historia;
 la contaron mis padres
 y yo tan sólo voy á repetirla.

II

LA PERI

¿A dó vas, alma joven?
 Escúchame, va á abrirse
 para ti mi palacio.
 Ven conmigo; abandona
 el camino del cielo.
 Te perderías, ay, por él sin duda,
 pobre recién nacido
 que de morir acaba.

En mis jardines de los frutos de oro
 jugar podrás á todas horas,
 y desde mi morada placentera,

vas á ver á tu madre sollozando
 junto á tu cuna, tibia todavía.

De las peris yo soy la más hermosa
 y reinan mis hermanas
 en donde nace el día;
 yo brillo entre su enjambre
 como brilla inmortal entre las flores
 la que se coge en el amor soñando.

Mi frente lleva un velo esplendoroso,
 mi brazo está cubierto de rubíes,
 y al desplegarse mi potente vuelo,
 mi ala purpúrea que radiante bate
 hace girar tres llameantes ojos.

Más blanco que una vela en lontananza
 su palidez mi cuerpo nunca tiene;
 en cualquier sitio donde se despliega
 lo deja iluminado como un astro
 y como flor abierta lo perfuma.

EL HADA

¡Hermosa mía, ven! Yo soy el hada,
 reino en aquellas costas
 donde el sol, sumergiéndose en el seno
 de la onda calentada por sus rayos,
 resplandece rojizo.
 Adóranme los pueblos de Occidente
 y dóranse en su cielo los vapores
 cuando paso tocándolos, y, reina
 de las sombras letárgicas,
 yo levanto mis mágicos palacios
 en las tupidas nubes del Poniente.

Mi ala azul es diáfana;
el enjambre de silfos encantados
cree ver en mi espalda cuando vuelo
dos rayos plateados agitándose.

Mi mano resplandece
transparente y rosada;
mi soplo es el aliento perfumado
que por los campos vaga por la noche;
mi cabello es radiante,
y mi boca armoniosa
á sus cantares mezcla una sonrisa.

Tengo grutas de concha gigantescas,
tengo tiendas de ramas enlazadas;
soy aquella que mecen los follajes,
yo quien mece las ondas de los mares.
Si tú vienes conmigo, sombra ingenua,
puedo enseñarte á donde va la nube
y mostrarte las aguas de do vienen...
Ven, ven á ser mi nueva compañera
si quieres que te enseñe lo que dicen
los cantos de los pájaros.

III

LA PERI

Mi esfera es el Oriente,
región deslumbradora
donde el sol es hermoso
como un rey en su tienda,
y por allí su disco
se pasea en un cielo siempre puro.
Así al emir llevando
de una comarca rica

á los sonos sagrados de la flauta,
boga un buque de oro
sobre un mar azulino.
Los más preciados dones han llenado
á rebosar la zona del Oriente.
Por ley fatal en cualquier otro clima
junto al fruto sabroso
el fruto amargo crece;
mas Dios, que para el Asia
no tiene la mirada tan severa,
á las tierras concédeles más flores,
más estrellas al cielo,
más perlas á los mares.

Extiéndese mi reino,
desde las catacumbas
que parecen montañas
y que son cementerios solamente,
hasta aquella muralla gigantesca
que inútilmente osa sitiar un pueblo
que, cual un cinturón indestructible
donde el Catay respira,
rodeando está un imperio dilatado
como un mundo extranjero inexplorable
dentro del universo.

Tengo vastas ciudades
que doquiera se admiran;
Lahore de los campos perfumados,
Cachemira, Golconda,
la guerrera Damasco,
la Hispaán de los reyes,
Bagdag, cuyas murallas la circundan
como fuerte armadura impenetrable,
y Alepo, cuyo inmenso vocerío
parece á los pastores alejados

el murmullo gigante de un Océano.

Misora es una reina
colocada en su trono;
Medina, con mil torres,
de agujas erizada,
con sus flechas doradas
y sus kioscos brillantes,
es cual hueste en el llano detenida
que en medio de sus tiendas
yergue una selva de chispeantes dardos.

Diríase que Tebas,
levantándose aún en el desierto,
está esperando al pueblo
desde la aurora ausente.
Madrás cerca dos urbes
en sus anchos contornos.
Más lejos brilla Delhy,
la ciudad sin rivales,
y bajo sus triunfantes y anchas puertas
pasan doce elefantes con sus torres.

¡Oh! Ven, hermosa joven,
á vagar entre tantas maravillas,
sobre esos techos llenos
de perfumadas flores,
cual canastillos frescos y aromosos
en el campo enervante de los árabes;
ven, y cuando rendidos se detengan
los altos dromedarios
á abrevarse en los pozos del desierto,
cuando la tarde caiga enardecida,
veremos como bailan
las bayaderas jóvenes.

Allá á la sombra de la higuera verde,
bajo los sicomoros más espesos,
se ven lucir del minarete moro
la cúpula de estaño,
la pagoda de nácar y corales
con su techo de finos tornasoles,
el torreón gentil de porcelana
de esbeltas y doradas campanillas,
y en azulados juncos
el palanquín de púrpura
con largos cortinajes plateados.

Yo apartaré las ramas de los plátanos
que velan en su baño transparente
á la sultana soñadora y bella.
¡Ven! La virgen que, tímida,
entreabriendo su puerta, por la noche
escucha si las brisas en su vuelo
el acento le traen
que ella al cantar del bengalí prefiere,
contra un ingrato olvido
es por nuestro poder tranquilizada.

Fué el Oriente en un tiempo
terrenal paraíso.
Una eterna y tranquila primavera
con sus rosas lo inunda,
y este hemisferio vasto
es un jardín risueño.
Siempre en derredor nuestro la alegría
sonríe dulcemente;
tú que gimes emprende nuestra senda;
el cielo ¿qué te importa
si el edén yo te abro?

EL HADA

El nublado Occidente
 es mi dichosa patria;
 allí, niña, su forma vaporosa
 variando en el aire,
 huye la blanca nube,
 y á veces, desde lejos,
 el mortal que radiante ó taciturno
 una idea persigue,
 donde llora una sombra
 la contempla soñando.

En las brumas del lago,
 en nuestros bosques que se balancean,
 en nuestros montes donde para siempre
 parece que se sienta el frío invierno,
 en la estrella que luce
 igual que una esperanza solitaria,
 que viene, cuando el día
 se aleja de la tierra,
 á mezclar al crepúsculo su oriente,
 el alma lacerada halla dulzuras.

Nuestros velados cielos
 han de placer á tu dolor amargo,
 niña á quien Dios recoge
 y que á tu madre lloras.
 Ven, el eco apagado de los valles,
 el suspiro sutil del riachuelo
 y la voz de las selvas
 mezclada á los gemidos de las brisas,
 han de volverte la armonía vaga
 que te mecía en tu tranquila cuna.

Teme, joven hermosa,
 el círculo monótono
 de horizontes azules.

La sombra de los árboles,
 el vapor de la nube que retumba,
 del sol que llega á nuestros tibios cielos
 los rayos atemperan,
 y, á lo lejos, los ojos
 ven huyendo sus líneas nebulosas
 como flotas extrañas
 que vienen de un país desconocido.

Para mí es para quien hacen los vientos,
 en nuestros mares fríos y alterosos,
 mugir los vendabales
 y en fulminantes trombas
 las olas deshacerse;
 la tormenta á mis cantos
 su fatal vuelo de improvisado para,
 y el arco iris rociado de oro fluido
 para mí se coloca
 cual nacarado puente
 del río en las cascadas cristalinas.

De la morisca Alhambra
 tengo los finos pórticos
 y la encantada gruta
 de pilares basálticos
 do el mar de Staffa estrella
 sus olas desiguales;
 yo ayudo al pescador, rey de las ondas,
 á construir su choza ennegrecida
 sobre viejos, inmensos,
 fingálicos palacios.

Espantando las noches

con engañosa aurora,
 á mi voz, á menudo,
 allí un rojo meteoro
 cruza en arco de fuego
 sus lucientes gavillas en los aires;
 y el cazador, parado
 de una altanera roca en la pendiente,
 cree ver un cometa luminoso
 bañar sus llamas en el mar inmenso.

Ven conmigo, alma joven, festejada
 por mis hermanas todas,
 á alegrar con cien duendes
 la abadía escondida y perezosa;
 mis gigantes y enanos
 han de seguir tus pasos á mi acento;
 turbando con tu trompa
 el monte solitario é inaccesible,
 ven á guiar la incógnita jauría
 que por las noches caza en nuestros bosques.

Tú verás los barones
 en sus torres feudales,
 humildes desatando las sandalias
 del peregrino mísero;
 tú verás las almenas cenicientas
 decoradas con bellos escudetes;
 tú vas á ver orando una gran dama
 por un hermoso paje,
 y alguna bella imagen misteriosa
 sobre vidrios dorados.

Nosotras, visitando
 las góticas iglesias,
 al viento abrimos sus sonoras naves
 en donde su gemido se agiganta;

cuando la luna argenta
 los árboles del bosque,
 el pastor ve en el aire,
 con místicas canciones,
 nuestro coro fantástico
 jugar en torno*
 del campanario de los lugarejos.

Con sublimes hechizos
 se adorna el Occidente.
 El cielo está muy lejos
 y tu ala es muy débil todavía...
 Olvida en nuestro imperio un mal viaje.
 Revélase un hechizo
 en los lugares más inaccesibles,
 y encuentra el extranjero
 nuestras riberas mucho más hermosas
 que la nativa tierra.

IV

Y la niña, dudando
 y ya menos rebelde,
 escuchaba indecisa
 la tentación falaz de los espíritus...
 ¡La tierra que dejaba
 parecía, no obstante, tan hermosa!...
 De súbito ocultóse
 á su vista voluble...
 ¡Es que había entrevisto ya los cielos!

Julio, 1824.

FIN DE LAS BALADAS